

Rebeca Rocamora

“La fe en la Santa Cruz es mi fuerza”

Con sólo 20 años, *Rebeca Rocamora* se convirtió en un testimonio en medio de la enfermedad. Desde su cama, estuvo pendiente de familiares, amigos y cuantos la visitaban, siendo ella misma quien les daba paz y una palabra de aliento, ofreciendo su dolor por todos hasta su muerte. En 2009 se abrió su Causa de Beatificación y Canonización.

Rebeca Rocamora Nadal nace el 7 de septiembre de 1975 en Granja de Rocamora, un pequeño municipio situado en la comarca del Bajo Segura, al sur de la provincia de Alicante. Es la segunda de cuatro hermanas y es bautizada a las dos semanas de nacer. Rebeca crece en un entorno de fe cristiana, modesto, acogedor y alegre. De sus padres irá aprendiendo poco a poco a amar a Dios y crecer como persona. El 3 de junio de 1984 hace la Primera Comuni3n a los ocho años de edad. Rebeca prepara su coraz3n poniendo a Dios en el primer lugar. Viendo la alegr3a que refleja al recibir a Jes3s por primera vez, el p3rroco le manifiesta: “Rebeca, no pierdas nunca esa sonrisa”, y así lo cumplirá hasta en los momentos más difíciles.

ABRAZADA A LA CRUZ

Muy pronto comienza a vivir abrazada a la cruz de la enfermedad. Ella misma escribe en su catecís-



mo, con inocencia y determinación: "Acepta con agrado la llamada del Señor sin temor a lo que te pueda pedir", y esta promesa a Jesús: "Ser fiel a sus mandamientos y cumplirlos, dando así testimonio de fe y amor".

En marzo de 1985, visitando un santuario mariano, aparecen los primeros síntomas de una diabetes insípida e idiopática, sufre fuertes dolores de cabeza y una parálisis ocular. Tras meses de reconocimientos médicos y dolorosas pruebas, le descubren un tumor en la hipófisis. El 9 de mayo de 1986 es ingresada de urgencia en la clínica madrileña Puerta de Hierro, donde permanecerá tres largos meses.

Rebeca se enfrenta a una dura enfermedad, cuánto más para una niña de diez años, sin dar la espalda a Dios. No hay lugar para el aislamiento o la tristeza. Durante su estancia en el hospital, Rebeca es muy activa, derrocha amor a cada paso. A finales de verano, los médicos temen que el tumor no desaparezca totalmente con la radioterapia. Sin embargo, Rebeca sana por mediación de María, a la que se había acogido confiadamente. Cesa también la parálisis ocular, irreversible para muchos, atribuida a la intercesión de **Santa Gema Galgani**. Estos sucesos hacen de ella una muchacha agradecida, naciendo el deseo de darse a los demás como catequista de los más pequeños.

Es elegida responsable de un grupo de jóvenes en el Neocatecumenado Parroquial, y por fin puede realizar su sueño: en octubre comienza a dar catequesis de Precomuniión, cultivando en los niños la semilla de la fe, el amor a Dios y a los hermanos. Con entrega y

disposición de servicio, con paciencia y entusiasmo por vivir lo que enseña. Es su particular misión en la Iglesia.

Cuando está inmersa en lo más hermoso de la juventud, llega de nuevo una inesperada enfermedad. A principios de 1995 se le presenta un progresivo malestar. Las revisiones en Madrid y la visita a varios especialistas no dan con el diagnóstico. En febrero de 1996 padece una parálisis facial y el 4 de marzo vuelve a ser ingresada en la clínica Puerta de Hierro, sufriendo una hemiplejía. Le diagnostican entonces un glioma de alto grado que le asegura pocos días de vida; aunque más tarde se descubre que el daño es por un medicamento que tomaba desde su primera enfermedad, salido defectuoso de laboratorio.

Regresa a casa desahuciada en lo humano, pero Rebeca no tiene quejas ni preguntas, sabe que Dios le ama. Es el momento en que brota una luminosa transformación interior que se intensifica día a día. Pide a su párroco ser bendecida por la reliquia del *Lignum Crucis* que se venera en su pueblo y éste permite que permanezca junto a ella toda su enfermedad. "La fe en la Santa Cruz es mi fuerza", afirmará Rebeca. La cruz la une cada vez más a Dios, al deseo de aceptar Su Voluntad. La hace crecer a pasos de gigante y madurar en la fe, hasta el punto de contestar, cuando le dicen que pida la salud: "Es que el Señor ya sabe que, si conviene, me la tiene que dar. Yo sólo le pido que me aumente la fe".

Recibe la visita del Obispo Emérito de la Diócesis, Mons. **Pablo Barrachina y Estevan**, a quien confía: "Me voy al Cielo y poco a poco me



llevaré a los que quiero. A medida que Dios les llame, yo estaré allí junto a Él para interceder por ellos". Finalmente, a las nueve de la noche del 26 de mayo de 1996, domingo de Pentecostés, muere Rebeca a los veinte años de edad, dibujando en su rostro una serena sonrisa mientras su familia reza el rosario junto a ella.

Tras su muerte acude a verla una continua peregrinación de gente de todas las edades, llegada espontáneamente de distintos lugares: jóvenes, adultos, enfermos, sacerdotes, muchos niños, incluso se da alguna conversión y otros sienten la llamada a seguir al Señor. Con su vivencia sencilla y escondida, Rebeca deja una radiante estela de virtud y fama de santidad que está trascendiendo con fuerza, suscitando una respuesta a vivir la lógica del Evangelio, especialmente en los jóvenes.

La apertura de su Proceso de Beatificación y Canonización se celebró el 14 de marzo de 2009, presidida por el Obispo de la Diócesis de Orihuela-Alicante, Mons. **Rafael Palmero Ramos**, acompañado por familiares y amigos de Rebeca, varios sacerdotes y centenares de personas.